

Lavrin, Asunción.
María Casilda del Pozo y Calderón.
Autobiografía de una devota secular en Nueva España.
UNAM San Antonio, 2023, 423 pp.

Cuando se hace mención de las figuras destacables dentro de la historiografía novohispana del siglo XVII, suele iniciarse por la comprensión de múltiples ejemplos escritos predominantemente por hombres, por otra parte, si se pretende indagar dentro de la realidad femenina no faltarán figuras religiosas como la de sor Juana Inés de la Cruz u otras menos famosas que han resonado a lo largo de los años justamente por las condiciones controversiales en las que se introdujeron al ámbito, o aquellas que alcanzaron la notoriedad por medio de obras reprobables proclamando ser mujeres visionarias, invisibles ante la sociedad de la época, pero no para la Inquisición.

Es justo este punto con el que Asunción Lavrin inaugura la introducción del libro, presentando

brevemente a nuestra protagonista, María Casilda, una mujer nacida a finales del siglo XVII y que redactaría sus memorias por encomienda de su confesor, quien logró observar más allá de su extrema devoción a un ser que podría genuinamente contener ese favor divino que muchas personas sostenían poseer.

Nos adentramos en una contextualización sobre la importancia que radica este manuscrito, al cual realizó una meticulosa revisión por medio de la paleografía para convertirlo en una fuente más accesible, ya que esta fuente primaria no está resguardada en México. La autora nos brinda un resumen acerca de las circunstancias que esta narración ha vivido con el paso de los siglos, finalmente, fue adquirida por la Universidad de Bancroft, campus de

Berkeley, donde está resguardada actualmente.

Nueva España estuvo poblada por muchas mujeres como María, y a pesar de ello, la mayoría han quedado en el olvido puesto que solo se les ha dado visión a aquellas que lograron ubicarse dentro de conventos femeninos, en palabras de la historiadora Lavrin, fueron realmente una minoría. Los casos como los de doña María se extravían fácilmente dentro del imaginario común dada la escasez de fuentes con las que se cuentan; durante su vida habitaron detrás del amparo institucional de los conventos, donde suelen aglomerarse los documentos que nos permitirían recuperar testimonios para reconstruir la vida de estas mujeres. No todas las beatas lograron vivir afuera del radar de instituciones que limitasen la trayectoria que documentaron.

Con un poco más de 400 páginas, el ejemplar que hoy reseñamos se encuentra dividido en por lo menos 5 secciones; la primera, la “Introducción”, aborda en 4 capítulos algunos temas referentes al documento y a su antigua escritora. La segunda parte titulada, “Textos de los cuadernos de María Casilda del Pozo Calderón” contiene dos libros escritos por el padre Domingo de Quiroga en un intento de relatar la vida de su más fiel

allegada; seguido se encuentran los 16 cuadernos redactados propiamente desde la mano de María por el encargo de su confesor de inmortalizar ese martirio que comenzó a experimentar desde su infancia, siendo esta una temática recurrente dentro del contenido en este tomo. Finalmente, la cuarta y quinta parte exponen varias cartas recopiladas de los padres Quiroga y Pazos, dando paso a algunas imágenes del acta de nacimiento de esta mujer, y la bibliografía selecta utilizada a lo largo del libro.

La obra pretende dar a conocer la inusual experiencia de una mujer que no perteneció a una orden debido a sus escasos recursos y que entregó su vida a la causa religiosa, gozando de incesantes favores del cielo que ella tomaría con bastante gracia, al igual que, los constantes martirios a los que se vio sujeta para agradar al Señor del que tan desesperadamente buscó aprobación a lo largo de toda su vida. Más que aportar una visión diferente al tópico, Lavrin permite a los escritos hablar por sí mismos, siendo solamente una vía a nuestra actualidad, encargándose de paleografiar y transcribir esos manuscritos que de otro modo habrían quedado sumergidos en aquella lejana biblioteca que los alberga. La bibliografía

empleada es escasa considerando el número de páginas contempladas, pero teniendo constancia de la naturaleza del escrito en sí, es comprensible el uso limitado de las mismas, ya que como destaca la compositora de este texto, la perspectiva de mujeres como María es un campo relativamente desconocido hasta el momento y precisamente en esa premisa se arraiga la relevancia de esta aportación.

Para iniciar la lectura, nos advierte ciertos defectos que padece esta edición, como lo son algunas dudas que no llegan a resolverse—poco sabemos de los últimos años de Casilda y del encargado de recoger estos papeles sueltos originalmente destinados a su confesor, no sabiendo muchos detalles de su encuadernación más allá de lo que los estudios han arrojado—; muestra señales de edición posteriores al tiempo original de su escritura.

Los escritos atribuidos al padre Quiroga realmente se tratan de intentos de realizar una biografía de esta mujer, ninguno se encuentra completo y pareciesen ser una paráfrasis de lo que menciona María en esas primeras páginas que inauguran la prueba de su existencia. Esta sección crea cuestionamientos hacia las partes involucradas en su edición debi-

do a los varios fragmentos que no coinciden en cuanto a caligrafía se trata, incluso las que pueden confiarse que fueron de autoría del confesor. Dichas versiones permanecen en esa brevedad debido a las circunstancias que cambiarían los planes de Quiroga de completar esta biografía tras fallecer de manera abrupta en 1732, interrumpiendo posibilidad alguna.

La educación no era accesible para todas las personas de las condiciones de María, su condición como española no la exentaba de padecer los males que traía consigo pertenecer a un estatus bajo. La sección propiamente redactada por ella sigue una secuencia semi-cronológica, quien a pesar de no haber sabido escribir durante la mayoría de su vida, nos expresa desde su visión como una mujer adulta —pueden ubicarse los escritos entre 1726-1728, los años en los que Quiroga fue su confesor activo— comprende esas emociones y recuerdos albergados en su memoria, convenientemente contactados con una capacidad innata de transmitirlos con lujo de detalle.

Particularmente esos primeros años que abarca, son los más ricos en cuestión a los elementos que logra incluir y las emociones tan vívidas que es capaz de expresar, ejemplo de ello fue el lugar en

el que habitó junto a sus parientes, incluyendo de igual manera la dinámica familiar tan presente en esos primeros años. Mientras más avanza en su edad, van perdiéndose esas manifestaciones emocionales tan vívidas que parecen caracterizarla en un principio. Además del contexto en el que llega a este mundo, que justo es presentado ante nosotros producto de dudas hacia sus padres en cuestión a esa curiosidad que tanto la distingue, habiendo crecido con una mamá tan devota como la suya; el milagro otorgado a su madre para salvarle la vida a una recién nacida María, es algo que marcó su trayectoria.

Esa predestinación que es mencionada en distintas ocasiones durante esos primeros años es común entre los biógrafos religiosos y María no fue una excepción. Suele referirse a esas instancias como si se tratasen de un “presagio” (Lavrin 18), le da un inicio cronológico a esas virtudes que alcanzarían su esplendor hacia etapas más avanzadas. Ciertamente ella misma adjudica cierta proyección religiosa hacia esas experiencias que pudieron no estar estrictamente permeadas de esa devoción que describe.

Nuestra protagonista ubica el inicio de su vida hacia el año de 1682, siendo originaria de San

Juan de los Llanos, actual Ciudad de Libres en Puebla. Proporciona información de la vida anterior de sus progenitores: el matrimonio previo de su padre José del Pozo Calderón, que lo dejaría viudo y con dos hijas; su madre, Teresa de Tolosa y Ortega, de quien compartía a su hermana Gertrudis, dejando a interpretación el número de hermanas carnales o adoptivas que tuvo.

Desde su infancia temprana, creció con el relato que contaba su progenitora sobre la enfermedad que casi la arrebató de este plano a sus cortos meses de edad, provocando cierta devoción y agradecimiento de su parte, sentimiento que escalaría con el pasar de los años hasta formar una niña inusualmente devota incluso para la época. Ella nos cuenta en su relato su manera de concebir la noción de la presencia que implicaba el Señor, contando anécdotas como sus primeros rezos—consistían en gritar su agradecimiento y amor a Dios al cielo, tras comprender que no necesitabas estar en misa para poder comunicarse con él— o los primeros martirios a los que se prestó de buena gana en cuanto pudo comenzar a memorizar oraciones.

En cuanto a sus padres, no omite la opiniones y limitaciones impuestas a su persona hechas

por mera preocupación hacia su salud. Comienzan cuando ella inicia un ayuno intermitente tras encontrarse deseosa de sentirse más cerca de la virgen, es aconsejada por su madre, pero su padre hace que se detenga porque solo era una niña que no rebasaba su primera década de edad. Parece ser que sus penitencias crecen paralelamente a ella, incrementando en notoria severidad hacia el final de su niñez, y a su vez, cambian de rumbo las peticiones hechas hacia Dios. Más allá de inspirarse por la pasión de Cristo, su hermana Rosa le recomendó “que siguiera la vida de Santa Rosa; que la santa había agradado mucho a Dios con las penitencias; que yo podía hacer lo mismo. Yo me alenté a hacer todo lo que ella me decía que la Santa había hecho.” (Lavrin 21)

Posteriormente en un episodio ocurrido en una cueva, tiene conversación con Dios en la que revela el futuro que le deparaba: buscando padecer, él le dió la elección de cargar con la cruz, ella accede y es avisada que se avecina una vida llena de tentaciones, tribulaciones y enfermedades con las cuales le agrada mucho, pero también será atormentada por demonios. Con eso comenzaría uno de sus episodios mas intensos, empezaba los jueves y terminaban los viernes hacia las 3 de la tar-

de, padecimientos que durarían 7 años o un poco menos:

Sentía dolores en todo el cuerpo como si me dieran azotes; también sentía un dolor de cabeza como si me pusieran una corona de espinas, y en las manos sentía un dolor como si me las clavara y me quedaban señales encarnadas en medio de las manos, y en el costado sentía algún dolor, y en el corazón sentía más, y me duraba hasta las tres de la tarde, y después de haber padecido me quedaba el cuerpo muy descoyuntado. (Lavrin 145)

Pasó por las manos de múltiples confesores y fue solo hasta recaer bajo el cuidado de su tía, que finalmente fue escuchado todo eso que tenía por contar y por primera vez, no estaba sola. Fue testigo de múltiples “milagros” al igual que su familia, quienes corroboraban un episodio en el que salieron destellos de luz de su cuarto, tan intensos como para ser descritos.

Como antes he mencionado, los relatos van perdiendo esa abundancia de elementos retratados mientras más se avanza en la lectura, pero no dejan de abordar aspectos de su vida, como lo fueron ciertas crisis de fe y desviaciones de sus objetivos. La secuencia va perdiendo cierta luci-

dez, asimismo, de esa variedad de tópicos que inicialmente ayudan a construir el entorno donde se desenvolvió María y nos adentramos a su versión actual: un personaje que se restringe de su alrededor y que solo narra sus constantes inquietudes que la aquejaban y bajo su juicio, desviaban de esa finalidad que suele direccionar la mayoría de sus actitudes y decisiones: ser merecedora de ese favor divino que tanto anhelaba.

Nos seguimos adentrando en la lectura con una certeza que tenemos desde el inicio de esta misma: son hojas incompletas, no es una totalidad y terminan abruptamente. Hay varios escenarios que respaldan ese áspero final. Las memorias cesan y nos quedamos sin un final tangible para esta autora que nos ha guiado por incontables hechos que ha sido encomendada a recopilar. María Casilda logra manejar su vida, los escenarios no siempre juegan a su favor, pero en una sociedad donde las mujeres a pesar de corromper y que están “ausentes en los procesos” (Araya 83) a los que suelen caer víctimas, logra el patrocinio de diferentes figuras masculinas a lo largo de su vida que le han permitido finalmente vivir bajo sus propios términos y desplegarse en las circunstancias en las que ha sabido situarse.

Su testimonio revela la realidad de muchas mujeres bajo su condición, y tras la muerte de sus padres, pueden verse reflejadas aquellas protecciones implícitas recibidas por parte de la comunidad debido a la categoría social adquirida por su presunta ascendencia española. Numerosas dudas quedan sin respuesta debido a que no se trata de una investigación propiamente de la vida de María para corroborar lo que indican sus relatos, pero definitivamente nos ubica un paso más allá hacia el descubrimiento de la imagen ocupada por la mujer en una sociedad patriarcal y de la que sus voces han sido borradas por la falta de fuentes que nos permitan conocerlas. La autora del libro se ha dado una tarea exhaustiva y ha logrado su cometido con dar a conocer la persona que representó María Casilda como habitante de un medio rural en una etapa que transitó del siglo XVII al XVIII del virreinato novohispano.

Shirley Stephania Gómez Castán

Universidad Nacional Autónoma de México

Naucalpan de Juárez, México

 [0009-0008-6922-6442](https://orcid.org/0009-0008-6922-6442)

Referencias bibliográficas

Araya, Alejandra. “La pureza y carne: el cuerpo de las mujeres en el imaginario político de la sociedad colonial”. *Revista de Historia Social y las Mentalidades*. 1/2, 2004, pp. 81-84.

Lavrin, Asunción. “Un intento de autobiografía: la aspiración truncada de la madre María Ignacia del Niño Jesús”. *Relaciones de Estudios de Historia y Sociedad*. 38/150, 2017, pp. 18-22.

